

El mar de las salinas

José Luis Martínez Valero

LAS salinas tienen cierto temblor en los bordes, hay en su cuerpo un aleteo de esquiva presencia, mezcla de temor y valentía.

Su estanque cuaja en nubes la sal. Rosa sobre blanco, como un campo maduro para la cosecha: trigo de mar, trigo de agua, donde hubiese desaparecido la paja para quedar convertida en grano, sal de la tierra.

Las salinas reflejan las paredes blancas. Espejos de sí, revelan la esencia. ¿Contemplan, qué? El vuelo de una gaviota, el paso de una nube, el día que nace y la tarde. También la luna.

Condenadas o favorecidas, son la quietud, porque antes fueron movimiento; han sido mar, ahora semejan a la esposa de Lot que, detenida, vuelve la cara al pasado, y se hace sal, espuma de mármol, movimiento final, como si el que está quieto fuese el recuerdo de alguien en movimiento.

1

Cuando era niño, la ola golpeaba como ahora sobre el acantilado. Cuando era niño, la ola el acantilado y yo estábamos en alguna parte. Desde entonces busco ese lugar, donde la ola donde el acantilado donde yo estuvimos.

2

Está cada cosa en su sitio: la palabra en la hoja, la hoja en el libro, el libro en la biblioteca. Todo ocupa su lugar, a punto de las diez. Puede ocurrir cualquier cosa, estamos al borde de un inmenso espacio. Allá abajo se oye el rumor del mar.

No sobre el agua, sobre la luz navega esta mañana el barquito en el Cabo. Azul y plata desde la cuesta que baja al puerto.

3

Allá lejos las salinas. Palabras, palabras, como voces que vuelven al mar de nuevo. Su silencio no nace del agua.

Una mirada como una mano, áspera de sal, divisa el fondo que se mueve como un eco visible.

4

Si algo dice, yo no lo entiendo. ¿Otra lengua? Otro mundo, lejanísimo. Yo, aquí, en la orilla.

5

Varado está el sol. Alguna gaviota planea sobre esta luz que oxida la mañana; su presa brilla al fondo, entre las algas.

6

Como un vendedor que vocease su mercancía, continuo grita: ¡Sal de la mar! ¡Sal de la mar!, con su lengua blanca. Voy pisando siglos de agua que la tierra cubre.

7

Cuando ya todo está oscuro, el último sol comparte, con algunos peces, un minuto más, la luz dorada que la tierra cede.

En mi memoria el mar quieto parece suspendido de una calma perfecta. No sé si pertenece al cielo o a la tierra. Como una nube ligera se hunde en el horizonte.

8

Nada más quieto que el mar de las salinas.